

de Squi-  
hay eno-  
se ven-  
palco, es  
as...  
glar cier-  
co ó seis  
función.  
ruegas,  
ntemen-  
ando lo  
en mate-

ctores y  
nuestro  
Gigantes  
obstácu-  
ardió en  
eatro de  
incipios  
í de las  
ore todo  
rque no  
ese can-  
o hacia  
rah ó de  
o ha en-  
s de ex-  
olución  
n Jauja.  
personas  
espera.  
Reynot,  
ir por  
para la  
on el es-  
... Y ya  
enemos

auxilia-  
er ni de  
nos sen-  
a gozar  
cedido  
uena la  
arduo,  
natural  
con ha-  
o horas  
dumbre  
omo el

Teatro  
por es-  
pprimir  
éndose  
s de la  
vío de  
to em-  
otro se  
tíquo á  
esearia  
ente se  
al. He  
mente  
pues-  
l resul-

concu-  
ra que  
a, des-  
y pala-  
y esca-  
stamos  
esa del  
ningu-  
da de  
to del  
todo.  
Telilla,  
acem-  
mpeza

as tro-  
tropas  
en que  
pode-  
no es-  
les de  
ÁN.

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Yo soy indiferente á la política de nombres y hom-  
bres. Sólo adquieren valor y sentido para mí los te-  
mas políticos cuando afectan al interés de la patria.  
Y para notar lo que á la patria afecta, poseo una  
sensibilidad de reumático en país húmedo, una vista  
de lince, un oído fino como el oro...

Prescindiendo de lo que por contrata y papeleta  
opinan los partidos, dije desde el primer instante  
que la entrada de las tropas en la coronada villa ha  
sido un *fiasco* por mala organización. Yo no sé si al  
explicarme así, me alisto en las huestes de la reac-  
ción más negra. Corro el riesgo. Hay que tener el  
valor de las convicciones propias.

Y á la verdad, me han quitado un gustazo muy  
grande con no arreglar mejor lo del 22. Me ha echa-  
do á perder el día quienquiera que haya sido, por-  
que como no resultó la cosa, todos se la endosan á  
todos, nadie la reclama—demostración clarísima de  
que *fiasco* hubo.

\*\*\*

Conviene advertir que el vecindario estaba en óp-  
tima disposición; que el entusiasmo hervía en los  
corazones; que sin ficción oficial ninguna, el Madrid  
de siempre, impulsivo, franco y noble, se hallaba  
dispuesto á tributar á la tropa un recibimiento deli-  
cioso. Sobre base tal, la tarea de arreglar una entrada  
lucida era facilísima.

Bastaba no olvidar dos cosas: la ley psíquica de  
las grandes emociones, que decaen si se prolongan,  
y la ley racional de que el inmenso río humano ne-  
cesita cauces y á veces diques. Se prescindió de am-  
bas leyes, y sucedió lo que irremisiblemente tenía  
que suceder. Hubo desorden, decayó el entusiasmo,  
disminuyó la concurrencia, porque nadie aguantaba  
de pie y sin comer cinco ó seis mortales horas, en con-  
diciones realmente molestas, prensado, empujado,  
arrollado, ó en peligro de serlo.

Yo salí de mi casa á las diez, para instalarme en  
un balcón del Ministerio de la Gobernación, en la  
Puerta del Sol. Asustaba ver las calles, desde aquella  
altura. Se recordaban las comparaciones homéricas  
del enjambre de moscas en verano, y los de abejas,  
en las Torres de Meirás, apiñados sobre los caneci-  
llos de la capilla, como retazo de viviente terciopelo,  
hervidero intenso, furioso, zumbador, que se disputa  
el sitio y el espacio, en remolino bullente. Los tra-  
bajadores habían renunciado á su jornal; nadie quiso  
quedarse entre sus cuatro paredes. El cierzo glacial  
que soplabá, y que durante la noche casi heló á un  
pobre centinela, no enfriaba al pueblo de Madrid,  
alegre, excitado, bromista con las mujeres, impacien-  
te de gritar, de aclamar, de desbordarse. Un viejo  
de capa verde traía á cuevas una escalera, para en-  
caramarse y ver mejor. Cinco chulas rompían entre  
la multitud, en monomio, cogidas de los mantones.  
Un grupo de estudiantes alborozados daba la nota  
juvenil. Todo era hermoso, como alegría y juego de

niños. Llegaban ante el ministerio, no sin trabajo,  
los automóviles del cuerpo diplomático, descargando  
embajadores y ministros. A nuestro lado, enormes  
cestones de flores frescas tentaban á la mano, ansio-  
sa ya de arrojarlas al paso de los victoriosos. Porque  
victoriosos eran, á pesar de los días tristes, que en  
pocas campañas deja de haber; victoriosos y padece-  
dores de trabajos, que es doble victoria. ¡Qué largo  
se hacía el tiempo!

Largo era para nosotros, que desde un balcón có-  
modo aguardábamos la impresión presentida... ¡Qué  
sería para los pobrecillos vencedores! Eran ya las  
once y media... Desde las cinco estaban ellos en pie,  
lastrados con un pan y un chorizo, rendidos de sueño  
y de frío quizás. Eran, repito, las once y media y  
apenas empezaba allá lejos el lento, inacabable des-  
file...

A las doce y media—cuando ya nos habíamos  
puesto á mordisquear bollos y sandwiches—he aquí  
que la voz corre: «¡Vienen!» «¿Vienen?» exclamé.  
Porque ni se oía la música, ni se veía más que algún  
soldado suelto, confundido entre el vaivén de la  
multitud, apretujado, asfixiado... Los vivos apenas  
aleteaban. Las flores que empezamos á lanzar á pu-  
ñados, se perdían entre el concurso, el cual se em-  
pujaba también, no contenido por ninguna fuerza.  
En medio de la greguería que armaban los especta-  
dores, era muy triste el silencio de las brisas cha-  
rangas. La gente victoreaba poco, porque, agobiada  
de sí misma, renegaba mucho. En la confusión, cada  
cual pensaba en defenderse de codazos y golpes; las  
mujeres rehufan contactos que sublevan; los hombres  
guardaban el reloj, trataban de proteger al niño, al  
débil que acompañaban... ¿Y la emoción? Sí, existía,  
estaba allí..., pero gastada por la eterna espera, mar-  
chita por el desencanto de tal lentitud, cohibida por  
la lucha material... ¿Hay alguien que pueda gritar,  
tirar flores, llorar de enternecimiento medio día se-  
guido? Al ver la primera bandera, naufraga en el olea-  
je humano, el alma se nos quería salir de la boca...  
Pero después continuó la procesión desordenada,  
ahora un soldado, luego tres, luego un caballo, el  
varal de una camilla, un moro, un oficial, la cantine-  
ra... Y las banderas pasaban envueltas, sin que nadie  
las ovacionase, no porque no se las quisiese ovacio-  
nar (repito que el deseo era *sentir*), sino porque  
todo lo arrastraba la muchedumbre, en esa incons-  
ciencia suya cuando no se siente amparada, regula-  
da, cuando todos temen al vecino y le maldicen...

Y luego vino algo peor si cabe: ya no fué el des-  
orden, fué el cansancio. Todo el mundo se fatigaba  
de estar de pie tantas horas; la de comer el *coca* ha-  
bía transcurrido hacia tiempo; una tenfa al chico sin  
mamar, otra abandonado al enfermo; cada cual se  
sentía llamado por algo pendiente, por esos mil hilos  
de la vida diaria que interrumpe un acontecimiento  
insólito... Y en vista de que las tropas no acababan  
de desfilar, fueron desfilando los espectadores. ¡Eran  
más de las dos!

Acaso para algún soldado haya sido agradable este  
modo de entrar, pero yo observé en la mayor parte  
signos evidentes de molestia. Lo contrario sería mi-  
lagroso, después de jornada tan dura, de haber esta-  
do formados en orden perfecto en el Prado, tanto  
tiempo, aguardando disposiciones de la autoridad  
civil, para acabar por sufrir una paliza de empujones  
carinosos y lisonjeros y acompañados de flores, pero  
que molian, asendereaban y daban al traste con la  
paciencia.

Tanto error fué esta entrada, que al fin se quiso  
enmendar, y los últimos regimientos entraron forma-  
dos, con música y banderas desplegadas. Por ahí se  
debió empezar, y aun sin que la fuerza acordonase  
la carrera, el público hubiese abierto paso. El pueblo  
llevaba ese día muy buen vino. Se necesitó una enor-  
me equivocación para deslucir una brillante página  
de historia.

Además, hubo desgracias. ¿Cómo era posible que  
no las hubiese? Abandonada á sí misma la muche-  
dumbre, por razón de su propio peso se magulló y  
ofendió. ¡Qué divertida es, vista desde afuera, la co-  
media política! Una de las cuestiones acaloradamen-  
te discutidas estos días por tirios y troyanos, fué la  
bizantinísima de si á esas 200.000 ó 300.000 perso-  
nas que llenaban las calles de Madrid la mañana del  
22 de enero se las debía llamar «turbas» ó «pueblo  
honrado». Pues las dos cosas, las dos á un tiempo,  
señores míos. Porque reconocerán ustedes que entre  
ese respetable número habría de todo. ¡Digo! Supon-  
go que no les podremos extender á 300.000 indivi-  
duos certificado de buena conducta, ni se entra en  
la calle de Alcalá con papeleta. Cualquier multitud,  
entregada al desorden, puede convertirse en turba, y  
bien ordenada, ser el apacible y sencillo vecindario.  
Es cuestión de hacer que dominen los elementos de  
sensatez y de coherencia que existen á veces en el hom-

bre más ineducado y hasta en el más abyecto, y eso  
no se obtiene suprimiendo vigilancia, sino aumen-  
tándola y organizándola. Porque los que vigilan no  
se diferencian esencialmente de los vigilados sino en  
esto: en que vigilan. El madero que forma el dique  
es del mismo árbol quizás que el madero que dió el  
garrote y la cachiporra. Asunto de colocación y de  
labor.

Y hay que saber cómo se vigila, y vigilar discreta-  
mente. Cuando tuve que salir del ministerio de la  
Gobernación, me acompañó un guardia: yo iba á pie  
y de prisa; me llamaba obligación perentoria, estar  
en el Real cuando la función patriótica empezase; y  
eran las dos, y el desfile no parecía próximo á termi-  
nar. Detrás de mí quisieron pasar dos mujeres del  
pueblo. ¿Qué mal hacían? Sin embargo, no las deja-  
ban. Al fin pasaron. Todo lo lícito y que á nadie  
molesta, debe permitirse. Pero hay que contener á  
la muchedumbre, en interés suyo. Hubo niños pa-  
teados, mujeres derribadas, ropa desgarrada, zapatos  
perdidos, puñetazos y mojicones. Y nada de esto  
debió haber. ¡Lástima de fecha, lástima de entrada  
triumfal!

\*\*\*

¿Cómo vienen? Sanos, fuertes, con varonil empa-  
que. La guerra es gran escuela de energía. Sin duda  
han comido bien, pues no se les ve flacos ni escuál-  
dos. Y es un consuelo muy grande, para los que he-  
mos pensado tanto, todo el verano, todo el otoño, en  
las tropas que más allá del Estrecho sostenían la  
honra nacional.

Los capellanes recibieron ovaciones especialí-  
mas. Se sabe cómo se portaron: valientes entre los  
valientes. ¡Algo tan español, el heroísmo de los curas!  
He oído contar á oficiales detalles interesantísi-  
mos acerca de la conducta del clero castrense en la  
presente ocasión. «Eran como leones—dijéronme  
textualmente—los capellanes.» ¿Queréis algo más  
nuestro, algo que mejor encaje dentro de la leyenda  
de oro? La tierra nuevamente ganada, donde por  
primera vez decían misa, habían ayudado estos pres-  
bíteros dignos del siglo XVI á conquistarla con su  
sangre...

También las cantineras han ido al combate sin  
miedo. Así me lo aseguró la hija del general Marina,  
buen testigo, en el balcón desde el cual presenciá-  
bamos el desfile. Aquel que parece soldadillo lam-  
piño y moreno, no es sino la cantinera, que sonríe y  
saluda militarmente y que no ha esquivado las ba-  
las. «La guerra—dijo no ha mucho D. Benito Pérez  
Galdós—es el momento de mayor espiritualidad de  
un pueblo.» Esta verdad profunda yo la veo demos-  
trada—aun en la entrada que se estropeó—por el  
efecto que en la multitud producen, al pasar, los que  
han elevado su alma en esa espiritualidad de la vida  
despreciada, el peligro arrostrado, la fatiga sufrida y  
el corazón lleno del impulso más grande y hermoso,  
que, por obra maravillosa de las realidades, es tam-  
bién el más *útil*: el amor de la patria, embriaguez  
divina, fe que no debiera tener incrédulos.

Dos horas después, en el teatro Real no se cabía.  
Hasta el techo era el lleno, y la función, la organi-  
zada por la Junta de señoras, para el monumento al  
Cabo Noval. Lucrecia Arana cantaba sus jotas con  
esa peculiarísima entonación donde parece palpar,  
al través de la melodía árabe, el alma antigua de la  
raza. Y yo pensaba: ¡qué de poesía hay á veces en la  
vida! No todos la perciben. Peor para ellos.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.